

EL AURA HUMANA

Y

LOS ANALES AKASHICOS

C.W. LEADBEATER

PROLOGO

El interesante y utilísimo ensayo siguiente familiarizará a nuestros lectores con el hecho - hasta ahora conocido de pocos - a que algunos estudiantes avanzados en nuestra Sociedad han consagrado cuidadosas indagaciones en el campo de las más íntimas fuerzas de la naturaleza y de sus manifestaciones. Es, sin embargo, demasiado pronto, para aceptar sin reserva la completa identificación de los colores áureos con las fases del carácter, pues los observadores difieren en su relación. Una larga observación casi nos ha convencido de que el temperamento del propio vidente pone algo en el asunto, y que, mientras uno puede tomar una coloración brillante como indicadora de un cierto grado de elevación espiritual, moral o intelectual del individuo; otro, instintivamente, asociará el citado a otro matiz. Hay, sin embargo, un perfecto acuerdo en creer que la brillantez y delicadeza de los colores acompaña a un carácter elevado y al perfecto ideal humano; la obscuridad y lobreguez de las nubes parduscas a la degradación moral; el rojo vivo a la crueldad y a las pasiones generalmente salvajes; y el color verde de limo, ni claro ni brillante, al engaño, a la traición y al egoísmo. Análogamente, en sus ingenuas intuiciones, desde tiempo inmemorial, los artistas inexpertos han pintado a los ángeles y a las demás entidades espirituales superiores, con resplandores de luz, ya los demonios y caracteres demoníacos con aspecto repulsivo y oscuro, rodeados de nubes negras y de ardientes y encendidas llamas. El trabajo de C.W. Leadbeater tendrá especialísimo

interés para el lector familiarizado con la literatura inda, que podrá comprender la lista de colores que usa en la adoración de los más elevados devatas y en las ceremonias invocando a los espíritus de un orden más inferior. Su opinión de que los objetos inanimados, como las piedras y las rocas, y los individuos de los reinos vegetal y animal, tienen cada uno su aura envolvente, como el hombre, está completamente confirmada por las «emocionantes» experiencias del Barón Reichenbach sobre el universal predominio de la incandescencia ódica en algunos reinos (Véase sus *Dynamics of Magnetism Electricity, etc.* Ashbumer's Trans., edi. 1851, página 251 y siguientes), y por el hecho de que las plantas, como los minerales, se dividen entre sí en dos grupos, de los cuales, uno de ellos es ódicamente (es decir, aúricamente) positivo y otro negativo. El Barón Reichenbach ha extendido la generalización aquella «donde la naturaleza está menos ocupada, en donde la creciente actividad debilitada, negativamente prevalece, mostrándose la misma propulsión de un modo positivo». Aplicando esto al aura humana, síguese que la más intensamente activa es expresión de mayor intensidad, pudiendo observarse la más pasiva bajo un color amortiguado. Sentado esto para el fin de la argumentación, es de esperar que el carácter del hombre traicionase a sí mismo, revelándose, en la relativa brillantez u opacidad de los colores aureolares que corresponden a los diversos aspectos del mismo. Quédanos por probar por el mayor número de observaciones de muchos observadores que los colores indican absolutamente las más elevadas y las más bajas cualidades del alma, la inteligencia y el corazón, abriéndose así un vasto campo de aprovechables experimentos. Nuestros lectores indos prestarán un señalado servicio enviándonos para su publicación extractos de los Sastras y otras obras, y traducciones de algunos pasajes donde se apunta la presente cuestión. Los Tantras son los que prometen más en su examen. El Atarva Veda tiene, me parece, un precepto, indicando que debemos separarnos dos codos de los atacados de algunas enfermedades, porque sino esas dolencias se comunican a uno. Esto, sin duda, quiere significar que pueden transmitirse entre las dos auras cuando se tocan y entremezclan,

lo que ocurrirá cuando los dos individuos - que tiene cada uno un aura de un codo de radiación - se aproximan a una distancia de dos codos uno de otro. Los experimentos del sabio coronel De Rochas, que fue director de la Escuela Politécnica de París, han señalado clarísimamente la existencia de ese aura humana. En efecto el doctor Baraduc, de París, nos ha demostrado una colección de fotografías, hechas en la obscuridad, con auxilio de un potente aparato eléctrico, que vienen a probar su existencia y la facultad de afectarse y modificarse por el ejercicio de nuestra fuerza de voluntad. Una observación puede hacerse antes de concluir estas líneas. Varios observadores han manifestado que el aura de un adepto, no sólo tiene un intensísimo brillo argentino y que irradia infinitamente más en el espacio que el aura de un hombre ordinario, sino que constantemente vibra y se ordena en figuras geométricas. Si esto actualmente ocurre o no, no podemos decirlo; y quizá sea solamente una impresión sobre la espiritual visión del vidente. Parece extraño el caso, y la suposición más natural es que esas figuras geométricas se formen por sí mismas en el aura pura, divinamente. ¿Podrá ser esto una explicación de aquel aforismo de Platón que dice: «Dios geometriza»? Esas manifestaciones geométricas en un aura tan pura como la del principio universal, cuyas vibraciones engendran todas las formas, ¿no nos indican el misterioso comienzo de idénticas ordenaciones geométricas de la materia en los minerales, los vegetales y en los animales del mundo? ¿Son esas concretas manifestaciones de lo que hallamos en la materia visible, en el mundo, la consecuencia física de la conexión con Akasha de la prístina disposición geométrica que palpita en la Inteligencia Divina?

EL AURA HUMANA

Todos los miembros de nuestra Sociedad Teosófica están familiarizados con la idea de que cada ser humano está rodeado de una especie de nube luminosa, a la que hemos convenido en llamar el «aura», y dicen, los que han conseguido un desarrollo especial en el sentido por que puede cono-

cerse, que posee hermosos y variados colores, y que del examen inteligente de ellos podemos deducir las disposiciones, los pensamientos y hasta la vida pasada de su poseedor. En nuestras obras teosóficas hallamos, sin embargo, sólo una pequeña mención del aura, y no dejará de ser interesante recoger y ordenar los datos que haya nuestra disposición sobre el asunto. No es tarea tan fácil como puede suponerse, pues tropezamos primeramente con las dificultades que surgen de la complejidad del aura humana, y en segundo lugar, con el hecho de que aquí, como en otros muchos casos, una visión inexperta es prácticamente inútil cuando se trata de comparar de cerca y de analizar exactamente; consideración que reduce en seguida el número de testigos dignos de crédito. La descripción que sigue no debe, pues, considerarse como completa y cabal; hay, no obstante, la probabilidad de que sea tan justa como es posible. Este estudio es, además, el resultado de una serie de investigaciones proseguidas durante varios años por algunos independientes observadores avanzados en la Sociedad Teosófica, y está también aprobado por aquellos estudiantes cuyo saber sobre el particular es necesariamente mayor. No ha sido sólo alrededor del cuerpo humano donde se ha visto el aura; una nube luminosa semejante se ha distinguido también alrededor de los animales, de los árboles y hasta de los mismos minerales, aunque en estos últimos casos esa nube sea menos compleja que en el hombre. Aquí, sin embargo, no nos ocuparemos sino del lado humano del problema. Antes de considerar lo que se llama propiamente el aura; que rodea y penetra el cuerpo, vale la pena echar una ojeada sobre un fenómeno que parcialmente desenvuelto se observa en los límites de ese mismo cuerpo. Una persona que posee semejante visión, aun en su menor grado, asegúrese por sí misma de la exactitud de la enseñanza teosófica sobre el problema de la constitución septenaria del hombre, al menos en lo que toca a sus cinco principios inferiores. Lo que se llama en nuestros escritos el Linga Sharira, por ejemplo, es claramente visible bajo la forma de una niebla gris azulada ligeramente luminosa, coincidiendo exactamente con el cuerpo físico, pareciendo como que lo penetra. No será, sin duda, científicamente exacto decir que se puede

percibir Jiva en un estado esencial; pero su manifestación en el caso de la raza humana es perfectamente visible bajo la apariencia de una continua corriente de partículas de un hermoso rosa pálido, que parecen circular a lo largo de todo el cuerpo y de los nervios, como los corpúsculos sanguíneos en las venas y en las arterias, siendo el cerebro aparentemente el centro de esa circulación nerviosa. La absorción y la especialización, para el uso del cuerpo humano, de la fuerza vital que el sol vierte constantemente sobre la tierra, parece ser una de las funciones del órgano denominado el bazo, y sin duda a la acción de ese órgano se debe la hermosa coloración rosa que hemos mencionado antes, pues Jiva - que entonces se conoce como prana - irradia constantemente del cuerpo en todas las direcciones, formando así una de las auras de que hablaremos más adelante. Un hombre perfectamente sano, por eso, no sólo puede intencionalmente comunicar algo de su salud a otro por los poros magnéticos u otro procedimiento, sino que puede también extender consciente o inconscientemente la vitalidad y la fuerza sobre aquellos que le rodeen. Y al contrario, un hombre por su debilidad o por otra causa, que es incapaz de especializar bastante fuerza vital cósmica para su propio uso, obra comúnmente, sin darse cuenta, como una esponja, absorbiendo el prana ya especializado de las personas sensitivas que han tenido la desgracia de aproximarsele, para su propio beneficio temporal, sin duda, pero con serios perjuicios, casi siempre, para sus víctimas. Probablemente muchas personas han experimentado más o menos lo que decimos, tras las visitas de algunos de sus amigos, encontrándose de pronto de un modo inexplicable fatigados y rendidos. Una fatiga semejante es la que con frecuencia experimentan las personas que asisten a las sesiones espiritistas, sin tomar las precauciones necesarias para impedir la absorción de vitalidad operada, en esos casos, por las entidades evocadas. Llegamos ahora a lo que llamamos el aura propiamente dicha - la que circunda al cuerpo -, cuya estructura es excesivamente compleja. A simple vista, asemejase a una nube luminosa que se extiende en todos sentidos a una distancia de diez y ocho pulgadas o dos pies (46 cm. aproximadamente), afectando la forma oval, lo que

hizo llamarla en los escritos ocultistas el «huevo áureo». En la mayoría de los casos no tiene forma definida, pues su bordes se esfuman gradualmente en el espacio. Un examen atento de esa nube, adviértenos que no sólo contiene diversos componentes, sino que está compuesta de diferentes estados de la materia. Cada uno de ellos es, en cierto modo, como un aura distinta y ocupa todo el espacio áurico. Tienen, sin embargo, un estado especial de tenuidad y parecen penetrarse entre sí como vemos que el Linga Sharira penetra el cuerpo físico. No es dudoso que, para las facultades visuales de un adepto, pero no para los medios ordinarios de la humanidad, solamente sean generalmente visibles.

Aura Primera

La primera de ellas - empezando por las más ínfima y material - es la que suponemos perteneciente al cuerpo físico. Se le llama algunas veces el aura de salud, por el hecho de que su aspecto depende, en gran parte, de la salud del cuerpo físico a que pertenece. Es casi incolora, y parece como estriada, es decir, como compuesta de una infinidad de líneas rectilíneas que irradian del cuerpo en todas direcciones. Tal es al menos su condición normal cuando el cuerpo está perfectamente sano. Esas líneas son, entonces claras, regulares y tan paralelas como su radiación lo permite; pero en cuanto acaece la enfermedad todo cambia de pronto, y las líneas próximas al lado enfermo pierden su rectitud y proyectan confusamente en todos sentidos.

Aura Segunda

Íntimamente unida con la precedente, está la segunda, o aura pránica, cuya descripción puede simplificarse acaso examinando en seguida la relación que existe entre ambas. Hemos dicho anteriormente que el prana especializado irradia constantemente del cuerpo, y la materia así irradiada constituye el aura pránica. Pero ha de observarse aquí un hecho curioso cuya explicación no se presenta en seguida. El prana irradiado no tiene el color rosa, bajo el que se le distingue fácilmente cuando circunda al cuerpo, sino que posee un color con matiz clarísimo, pálido. Para dar

una idea más comprensible de ello, puede decirse que se parece mucho a esas burbujas de aire cálido que, en los días de estío, vemos surgir de las tierras expuestas a los rayos del sol. Se podría llamar así también aura magnética, y sirve, en efecto, para producir muchos fenómenos de mesmerismo. Eso es probablemente la llama magnética que los sensitivos han observado en algunos experimentos del Barón Reichenbach. Y quizá esa irradiación constante del prana alrededor del cuerpo sano produce la rigidez y el paralelismo de las líneas del aura de salud, pues se observa que cuando esa irradiación cesa, las líneas, como hemos dicho ya, se entrelazan y confunden. Cuando el paciente recobra la salud, la irradiación normal de esa forma magnética de la fuerza vital se recobra gradualmente, y las líneas del aura de salud vuelven a ser claras y regulares. Mientras las líneas están firmes y rectas, y prana irradia convenientemente sobre ellas, el cuerpo parece que está por completo protegido contra los ataques de las malas influencias físicas, como si los gérmenes de la enfermedad fueran rechazados por la proyección de la fuerza vital; pero así que por una causa como la debilidad, una herida, el sobrecargo, la depresión del ánimo o los excesos de una vida irregular se emplea una cantidad mayor de vitalidad en el interior para reparar las pérdidas, se produce una notable disminución en la energía de la irradiación, el sistema de protección se debilita y pelagra, siendo comparativamente fácil que los gérmenes de la enfermedad penetren. Puede indicarse también que es posible, por un esfuerzo de la voluntad bien dirigida, proyectar el prana hasta la periferia del aura de salud, creando así como una especie de escudo impenetrable a cualquier influencia astral o elemental, mientras dure ese esfuerzo de la voluntad.

Aura Tercera

El tercer aura que hemos de considerar es la que representa Kama o el deseo. No sería estrictamente correcto decir que ésta es el Kama-Rupa, pues este nombre no se aplica, propiamente hablando, sino a la imagen del cuerpo físico, que tras la muerte se forma por medio de los materiales de este tercer aura, y es el campo de manifestación de Kama, el espejo en

que se refleja todo deseo, toda sensación y todo pensamiento de la personalidad. Es de su substancia de donde toman una forma material los malos elementales que crea el hombre y pone en actividad por sus mas bastos e inferiores sentimientos; del mismo elemento, pero más raramente, sacan también su cuerpo los elementales bienhechores engendrados por los buenos deseos. Y también de esa materia se forma «el cuerpo astral» que permite, a los que están en estado de hacerlo, viajar sobre otro plano, mientras que su cuerpo duerme. Como puede comprenderse, las manifestaciones de este aura tan esencialmente fugitivas, su coloración, su brillo, el número de sus latidos, cambian completamente a cada instante. Un acceso de cólera llena el aura de ráfagas rojizas sobre un fondo oscuro y un espanto súbito transforma instantáneamente todo en una masa lúgubre de gris lívido. Es menester, sin embargo, saber que si esas manifestaciones áuricas son temporales, su registro en el akasha no lo es; aunque el elemental creado por un mal deseo cese de existir, tras un período de tiempo proporcionado a la energía de ese deseo, las fotografías de cada uno de los instantes de su existencia y de cada uno de sus múltiples efectos, quedan impresos en el registro akáshico, contribuyendo con una justicia absoluta a la producción del Kama de su creador.

Aura Cuarta

Muy estrechamente unida al aura kámica se encuentra el cuarto aura, la del manas inferior, que registra exactamente los progresos de la personalidad. Hallase, sin embargo, formada por un orden de materia más elevado que el de la substancia kámica, que corresponde a los subplanos inferiores del plano mental o devachánico. De esta substancia está formado el vehículo en el que la personalidad pasa su periodo de sueño en el Devachán; y de ella está formado también el Mayavirupa, el cuerpo de que el adepto o el discípulo se sirven para obrar sobre el astral o los subplanos devachánicos inferiores, pues ese vehículo es superior, bajo todos respetos al «cuerpo astral» de que hemos hablado ya. Este cuarto aura, representa; en suma, el estado medio de las auras inferiores a

ella; pero es algo más, pues aparecen en la misma rayos de intelectualidad y de espiritualidad que no dejan su huella sobre las envolturas inferiores. Si las llamas coloreadas, formadas por las vibraciones engendradas por los deseos, se producen frecuentemente y con intensidad en el aura kármica, provocan por fuerza vibraciones correspondientes en este aura manásica inferior, produciendo en ella un tinte permanente del mismo color. Es así también como en este aura se pueden leer las disposiciones generales o el carácter de una persona, sus buenas y peores partes; y en algunas de la corrientes, en relación con esa aura, pueden registrarse los cuadros de la pasada personalidad terrestre, cuadros sobre los cuales pueden leer algunos clarividentes como sobre un libro. Cuando, durante el sueño, un hombre abandona su cuerpo, la mayor parte del tercer aura, el cuarto y los que le siguen por debajo, le acompañan, mientras que la primera y la segunda, más un débil residuo de la tercera, que no se ha empleado para la formación del cuerpo astral, quedan con su cuerpo. Y ha de tenerse en cuenta que si ese hombre ha de pasar a un plano superior, el devachánico o el espiritual, dejará más numerosas auras tras sí. Es interesante conocer los matices que las diversas cualidades mentales o morales pueden dar a las auras tercera y cuarta (la kármica y la manásica inferior). Esto es un tema de estudio de los más complejos y difíciles de proseguir, y en el que la ecuación personal de los diversos observadores entra por mucho, lo que hace, además, que haya difícilmente un completo acuerdo. La verdad es que sólo tras un cuidadoso estudio y una larga práctica se puede asegurar uno de la visión sobre el plano astral y los demás. Precisa, además, un alto nivel de instrucción para no equivocarse y recoger aquello que puede contribuir a exagerar la ecuación personal, cuando se quiere expresarlo con palabras. La lista de los colores y de su significación que ahora sigue, puede tomarse como la expresión de la opinión de dos o tres personas únicamente.

Aura Quinta

Venimos ahora a considerar el aura quinta, la del Manas superior o Individualidad. No hay que decir que ese aura no la ve todo el mundo. En los casos en que es perceptible, su belleza y su delicadeza están por encima de toda expresión. Aseméjase menos a una nube coloreada, que a una luz viva; pero no hay en verdad palabras para expresarla. Está compuesta de una materia que corresponde a la de los subplanos devachánicos más elevados, y es en efecto el Karana Sharira, el vehículo del Ego reencarnador que pasa con él, de vida en vida, por las condiciones de su substancia y de su grado de avance. En el aura de un adepto, tiene tan inmenso predominio sobre el aura de la personalidad, que esta última en realidad no existe; pero el estudio del aura del adepto está por encima de los medios de aquellos que están en el comienzo del Path (Sendero). Uno, por ejemplo, de esos puntos importantes a considerar, es el de ese oscuro y misterioso factor que indica el tipo particular a que pertenece el adepto, y de ese orden de ideas que revela una tradición persistente, - y perfectamente fundada - es la preservación de las pinturas murales que representan a Gotama Buddha en los templos de Ceilán. El Gran Maestro está representado en ellas con aura cuya coloración y disposición serían ridículas e imposibles si se tratara de un hombre ordinario o de un adepto (si puede usarse sin irreverencia tal expresión), de un adepto medianamente desarrollado, pero que son en realidad la representación basta del actual estado áureo de los adeptos del tipo particular al que pertenecen los Buddhas. Es de notar, además, que algunas de esas pinturas indican también el aura de salud de que hemos hablado al principio.

Auras Sexta y Séptima

Las auras sexta y séptima existen sin duda, pero no tenemos datos sobre ellas; las mismas anteriores son ya bastante difíciles de imaginar por el que no las ha visto. Podrá formarse quizá una idea recordando que todas las partes constitutivas del aura son sencillamente manifestaciones de una misma entidad en planos diferentes, no siendo sino emanaciones del hombre como diversas expresiones del mismo. Al verdadero hombre no

podemos verle, pero a medida que aumenta nuestra vista y nuestro conocimiento nos aproximamos a Eso que se oculta en él; y si admitimos que el Karana Sharira es el vehículo más elevado que podemos percibir, estamos entonces cerca de la concepción del verdadero hombre que podemos ver. Pero si el mismo hombre no se considera sino desde el punto de vista de los planos inferiores devachánicos, únicamente se verá lo que puede expresarse por el cuarto aura, la cual es la manifestación de la personalidad; y si se le examina sobre el plano astral, se encuentra que un nuevo velo le recubre, y que su parte inferior sólo ha podido expresarse por el vehículo kármico visible, mientras sobre el plano físico nos hallamos peor situados, puesto que el verdadero hombre nos está más escondido y oculto que nunca. Y aunque una vista abierta pueda percibir todas esas manifestaciones, no es menos cierto que las más elevadas de ellas se aproximan más que las otras a la realidad, de suerte que es el aura lo que es el verdadero hombre, y no ese agregado de materia física cristalizada que se ve en medio de ella y a lo que atribuimos por nuestra ceguera una exagerada importancia. Estas líneas no pretenden, por lo demás, sino esbozar la superficie de un grandísimo problema, pero pueden servir para mostrar que el aura no es un estudio que esté desprovisto de interés para quien la ve, y desde que la visión de ella es a menudo una de las mayores evidencias de la apertura del sensorio supernatural, es razonable esperar que un gran número de nuestros miembros se coloquen en situación de completar por su método de observación directa, la información que han de decidir para el estudio de nuestra literatura teosófica.

COLORACIONES DEL AURA

Nubes negras espesas, indican odio y malicia.

Fulgores de rojo prieto, sobre fondo negro, denotan cólera; pero en el caso de una «noble indignación», frente a una injuria o una opresión, esos fulgores son de un escarlata brillante sobre el fondo ordinario del

aura.

Rojo encendido, inconfundible, pero de difícil descripción, indica las pasiones animales.

Rojo pardo, obscuro, como la herrumbre, manifiesta avaricia.

Gris plumizo, expresa profunda depresión y cuando es habitual el aura revela inexplicable tristeza.

Gris lívido, matiz horrible y horroroso, indica sensación de miedo.

Gris verde, la peculiar nube que puede con frecuencia describirse con el epíteto de «viscosa» denota picardía.

Verde obscuro, con algunos fulgores de rojo obscuro, parece engendrado por los celos.

Carmesí, indica amor. Es comúnmente un hermoso color claro, que varía muchísimo siguiendo la naturaleza del amor. Puede ser un carmesí obscuro y pasar por todos los tonos hasta el rosa pálido a medida que el sentimiento que genera la coloración es más puro e impersonal. Un rosa brillante, matizado de lila, es indicio del amor espiritual por la humanidad.

Anaranjado, claro, indica ambición; obscuro, es signo de orgullo. Los matices de este color varían por completo según los grados de orgullo o de ambición que pueden surgir de las generalidades de su descripción.

Amarillo, expresa intelectualidad. Si el matiz es profundo e intenso, indica un subplano bastante bajo como campo del intelecto; si es, por lo contrario, claro, de un brillo dorado, acercándose al amarillo limón, denota objetos más elevados y menos personales.

Verde brillante, parece señalar ingenuidad, rapidez en las resoluciones y, con frecuencia, fuerza vital.

Azul claro u obscuro, indica de ordinario el sentimiento religioso, y varía naturalmente mucho, desde el índigo al violeta obscuro, según la naturaleza del sentimiento y el impersonalismo de que está provisto.

Azul celeste (ultramar o cobalto), expresa devoción a un ideal noble y espiritual, y de un modo gradual se transforma en: **Azul lila luminoso**, que indica la más elevada espiritualidad, y va acompañado casi siempre de estrellas de oro parpadeantes, que parecen representar las aspiraciones

religiosas.

Es menester añadir que todos esos colores sufren infinitas combinaciones y modificaciones, de tal modo que es muy difícil leer con toda claridad las indicaciones de un aura. De ahí la necesidad de tener en cuenta el grado de su brillo, la nitidez de sus contornos y el mismo aspecto de sus chakrams o centros de fuerza. Así las facultades físicas evolucionadas o en vías de evolución se manifiestan siempre por colores más allá del espectro visible; por el ultravioleta cuando se emplean para fines impersonales, por un color análogo, adicionado de ultrarrojo, cuando se trata de practicantes conscientes de magia negra. Finalmente, el avance oculto se conoce, no sólo por los colores, sino por la mayor luminosidad del aura, el desarrollo de sus dimensiones y la precisión de sus contornos.

LOS ANALES AKASHICOS

Aunque en los círculos teosóficos se sabe lo que se quiere significar cuando hablamos de anales akáshicos, la palabra es, en verdad, poco apropiada, pues si bien los anales se leen indudablemente en el Akasha, sin embargo, no pertenecen realmente a éste. Todavía peor sería el título alternativo «Anales de la luz astral», que se ha empleado algunas veces, porque estos anales se hallan mucho más allá del plano astral, y todo lo que en éste puede obtenerse, es tan sólo vislumbres interrumpidas de una especie de doble reflexión de los mismos, como pronto explicaremos. La palabra Akasha, como muchos otros de los términos teosóficos, se ha empleado muy libremente. En algunos de nuestros primeros libros era considerada como sinónimo de luz astral, y en otros se usaba para significar cualquier clase de materia invisible, desde Mulaprakriti hasta el éter físico. En libros posteriores su empleo se ha limitado a la materia del plano devachánico, y en este sentido es cómo pudiera hablarse de los

anales como akáshicos; pues aunque originalmente no se construyen allí, como tampoco en el plano astral, es allí, sin embargo, donde primeramente se pone uno en contacto con ellos, y donde es posible hacer estudios provechosos con los mismos. Este asunto de los anales akáshicos no es en modo alguno una materia fácil de tratar, pues pertenece a la numerosa clase que requiere, para su perfecta comprensión, facultades de un orden muy superior a todas las que la humanidad ha desarrollado hasta ahora. La solución verdadera de sus problemas se encuentra en planos mucho más lejanos que los que nos es posible conocer hoy, y cualquier concepto que formemos del asunto tiene necesariamente que ser de lo más deficiente, puesto que no podemos considerarlo sino desde abajo en vez de desde arriba. Por tanto, la idea que de ello nos formemos, ha de ser solamente parcial, no obstante lo cual no nos inducirá a error, a menos que nos permitamos creer que el diminuto fragmento, que es todo lo que podemos percibir, es el todo perfecto. Si ponemos cuidado en que los conceptos que lleguemos a formar sean todo lo exactos que las circunstancias permitan, no tendremos nada que rectificar, si bien mucho que añadir, cuando, en el curso de nuestra marcha progresiva, adquiramos gradualmente superior sabiduría. Téngase, pues, bien entendido desde un principio, que una comprensión completa del asunto, es una absoluta imposibilidad en nuestro presente estado de evolución, y que surgirán muchos puntos sobre los cuales no es posible obtener una explicación exacta, aunque sea factible a veces sugerir analogías e indicar las líneas donde puede encontrarse una explicación. Tratemos, pues, de remontar nuestros pensamientos al principio de este sistema solar a que pertenecemos. Todos estamos familiarizados con la teoría astronómica ordinaria acerca de su origen, la que comúnmente se llama la teoría nebular, según la cual vino primero a la existencia como una gigantesca nebulosa inflamada, de un diámetro que excedía en mucho al de la órbita aun de los planetas más lejanos, y luego, a medida que en el curso de edades sin cuento, esta enorme esfera se enfrió gradualmente y se contrajo, formóse el sistema tal como lo conocemos. La ciencia oculta acepta esta teoría en sus líneas

generales, como representación correcta del aspecto puramente físico de la evolución de nuestro sistema; pero añade que si limitamos nuestra atención sólo a este aspecto físico, tendremos una idea muy incompleta e incoherente de lo que realmente tuvo lugar. Principia por el postulado de que el Ser elevado que emprende la formación de un sistema (a quien algunas veces llamamos el Logos del sistema), forma primero en su mente un concepto completo de la totalidad del mismo con todas sus sucesivas cadenas. Por el acto mismo de tal concepción, llama a todo simultáneamente a la existencia objetiva en el plano de su pensamiento (plano, por supuesto, mucho más elevado que ninguno de los que tenemos conocimiento), desde el cual descienden, en el debido momento, los diversos globos, cualquiera que sea el estado más objetivo que les esté destinado. A menos que tengamos siempre presente el hecho de la existencia real de todo el sistema, desde el principio mismo, en un plano superior, nunca llegaremos a comprender debidamente la evolución física que vemos actuando aquí abajo. Pero el ocultismo enseña algo más que esto. Nos dice que no sólo este maravilloso sistema a que pertenecemos es llamado a la existencia por el Logos, tanto en los planos inferiores como en los superiores, sino que su relación con Él es aun más estrecha que esto, pues es absolutamente una parte de Él - una expresión parcial suya en el plano físico -, y que el movimiento y la energía de todo el sistema es su energía que actúa dentro de los límites de su aura. Por estúpido que sea este concepto, no debe parecer, sin embargo, increíble a aquellos de nosotros que hayan estudiado algo la cuestión del aura. Estamos familiarizados con la idea de que, a medida que una persona progresa en el Sendero, su cuerpo causal, que es el límite determinante de su aura, aumenta claramente de tamaño, así como en luminosidad y pureza de color. Muchos de vosotros sabéis por experiencia que el aura de un discípulo que ha adelantado considerablemente en el Sendero, es mucho mayor que la del que acaba de dar el primer paso en el mismo, mientras que tratándose de un Adepto, el tamaño proporcional es aun mucho más grande. En descripciones orientales, por completo exotéricas, leemos la inmensa extensión del aura Budha; creo que una de ellas le

atribuye tres millas como límite; pero cualquiera que sea su amplitud, es evidente que esto es otro dato del hecho del extremadamente rápido crecimiento del cuerpo causal, a medida que el hombre avanza en su camino. No hay duda de que la rapidez de este desarrollo aumenta en progresión geométrica; de suerte que no debe sorprendernos el que se nos diga que hay Adepto de un nivel aun superior, cuyo aura es capaz de comprender el mundo entero; y desde esto podemos llevar nuestro pensamiento a concebir que haya un Ser tan elevado, que comprenda dentro de Sí Mismo todo el sistema solar. Y no debemos olvidar que por enorme que esto nos parezca, es como la más diminuta gota de agua en el océano sin límites del espacio. Así, pues, resulta literalmente verdad lo que antiguamente se decía del Logos - el cual tiene en Sí Mismo todas las capacidades y cualidades que nos sea posible atribuir al Dios más elevado que podamos concebir -, que «de Él, por Él y para Él son todas las cosas», y «en Él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser». Ahora bien; si esto es así, claro es que todo lo que sucede en nuestro sistema sucede absolutamente dentro de la conciencia de su Logos, por lo que desde luego se ve que los verdaderos anales deben ser su memoria; además es evidente que cualquiera que sea el plano en que exista tal portentosa memoria, no puede menos de estar inmensamente por encima de todo cuanto conocemos, y por consiguiente, cualesquiera que sean los anales que nosotros podamos leer, deben ser sólo una reflexión de ese gran hecho dominante, proyectado en el medio más denso de los planos inferiores. En el plano astral es desde luego evidente que suceda así; que allí sólo existe una reflexión de otra reflexión, y sumamente imperfecta, pues los anales que pueden percibirse son muy fragmentarios y a menudo en extremo desnaturalizados. Sabemos cuán universalmente se usa el agua como símbolo de la luz astral; pero en este caso particular es de lo más apropiado. En la superficie del agua tranquila podemos distinguir un reflejo claro de los objetos que la rodean, lo mismo que en un espejo; pero a lo más es una reflexión, esto es, una representación de dos dimensiones de objetos de tres dimensiones, y por tanto, difiriendo en todas sus cualidades, excepto en el color,

de lo que representa, y presentándose, además de esto, a la inversa. Pero si la superficie del agua es agitada por el viento, ¿qué vemos entonces? Siempre una reflexión, es verdad; pero tan truncada y torcida, que resulta por completo inútil y hasta contraproducente como guía respecto de la forma y verdadera apariencia de los objetos reflejados. Por un momento aquí y allá puede suceder que obtengamos una reflexión clara de una pequeña parte de la escena, de una hoja de un árbol, por ejemplo; pero se necesitaría mucho trabajo y considerable conocimiento de las leyes naturales, para formar algo que se parezca a un concepto verdadero del objeto reflejado, reuniendo un gran número de tales fragmentos aislados de una imagen del mismo. Ahora bien; en el plano astral no puede haber nunca nada que se parezca a lo que hemos imaginado como superficie tranquila, sino que, por el contrario, la que existe está siempre en rápido y alucinador movimiento; júzguese, pues, cuán poca confianza puede haber de alcanzar una reflexión clara y definida. Por esto, ningún clarividente, poseedor sólo de esta facultad en el plano astral, deberá confiar jamás en la exactitud de cuadro alguno del pasado que se le pueda presentar: acá o allá una parte de él puede ser exacta; pero no tiene medios para saber cuál es. Si está bajo la dirección de un maestro competente, puede, por medio de una educación larga y cuidadosa, aprender a distinguir las impresiones en que deba confiar, y construir con los truncados reflejos una imagen del objeto reflejado; pero ordinariamente, mucho antes de que llegue a dominar tales dificultades, desarrolla la vida devachánica, la cual hace innecesario semejante trabajo. En el plano devachánico, las condiciones son muy diferentes. Allí los anales son completos y exactos, siendo imposible cometer errores en su lectura. Si tres clarividentes que poseen los poderes del plano devachánico, acuerdan examinar determinado asunto, lo que cada cual vea será absolutamente la misma reflexión, y cada uno obtendrá una impresión correcta de la lectura. No quiere esto decir que cuando después comparen sus notas en el plano físico, concuerden exactamente. Bien sabido es que cuando tres personas presencian un suceso aquí abajo en el plano físico y se proponen anotarlo, sus descripciones difieren

considerablemente, porque cada uno habrá observado especialmente aquella parte que más despertaba su interés, la cual pondrá de relieve, como rasgo principal del suceso, llegando hasta a ignorar a veces otros puntos que en realidad eran mucho más importantes. Ahora bien; en el caso de una observación en el plano devachánico, esta apreciación personal no afectaría de un modo apreciable las impresiones recibidas, porque haciéndose cada uno por completo cargo de todo el asunto, le será imposible ver sus partes fuera de la proporción debida; pero excepto en el caso de personas cuidadosamente educadas y experimentadas, este factor no entra en juego al transferir las impresiones a los planos inferiores. Está en la naturaleza de las cosas que sea imposible que cualquier relato en el plano físico de una visión o experiencia devachánica sea completa, puesto que las nueve décimas partes de lo que se ve y se siente allí, no puede ser expresado en modo alguno por palabras físicas; y desde el momento en que toda expresión tiene, por tanto, que ser parcial, es evidente que hay alguna posibilidad de selección en la parte que se exprese. Por esta razón es por lo que en todas nuestras investigaciones teosóficas de los últimos años, se ha puesto tan especial cuidado en comprobar constantemente el testimonio de los clarividentes, de suerte que nada que se funde en la visión de una sola persona se ha permitido que aparezca en nuestras publicaciones. Pero aun cuando la posibilidad de error por causa de este factor de la apreciación personal haya sido reducida al minimum por medio de un sistema cuidadoso de comprobación, queda todavía la muy seria dificultad, inherente a la operación, de aportar las impresiones de un plano superior a otro inferior. Esto es algún tanto análogo a la dificultad que experimenta un pintor al tratar de reproducir un paisaje de tres dimensiones en una superficie plana, o sea prácticamente en dos dimensiones. Así como el artista necesita una educación larga y cuidadosa de la mano y el ojo antes de poder producir una representación satisfactoria de la naturaleza, así también el clarividente necesita una educación larga y sostenida antes de poder describir con exactitud en el plano inferior lo que ve en uno superior; al paso que la probabilidad de obtener de una persona inexperta

una descripción exacta, es igual que obtener un paisaje perfectamente ejecutado de alguien que no hubiese aprendido nunca a dibujar. Debe también tenerse presente que el cuadro más perfecto es, en realidad, una reproducción infinitamente lejana de la escena que representa, pues no hay línea, ni ángulo que puedan ser nunca los mismos que los del objeto reproducido. Es sencillamente una tentativa muy ingeniosa la de hacer sobre uno solo de nuestros sentidos, por medio de líneas y colores trazados en una superficie plana, una impresión semejante a la que hubiéramos experimentado si hubiésemos tenido realmente ante nosotros la escena descrita. Excepto por una sugestión que depende por completo de nuestra experiencia previa, no puede apórtasenos nada de los rugidos del mar, del aroma de las flores, del gusto de la fruta o de la blandura o dureza de la superficie dibujada. De exacta e igual naturaleza, aunque en mayor grado, son las dificultades que experimenta el clarividente al intentar describir en el plano físico lo que ha visto en el astral; dificultades que se agravan extraordinariamente por el hecho de que en lugar de tener tan sólo que traer a la mente de sus oyentes conceptos que les son ya familiares, como sucede con el artista cuando pinta hombres, animales, árboles, etc., tiene que tratar, con los medios imperfectos de que dispone, de sugerirles conceptos que en la mayor parte de los casos son completamente nuevos para ellos. No será, pues, nada sorprendente que, por más vívidas e impresionantes que parezcan sus descripciones a su auditorio, haya él mismo de sentir su completa deficiencia, y ver que sus mayores esfuerzos han fracasado totalmente al presentar una idea de la realidad de lo que ha visto. Y debemos también tener presente que en el caso del relato que se hace en el plano físico de los anales que se lean en el plano devachánico, esta difícil operación de transferencia de lo superior a lo inferior, no se ha verificado una vez, sino dos, puesto que la memoria se ha traído a través del plano astral. Aun en el caso de que el investigador posea la ventaja de haber desarrollado sus facultades devachánicas, de tal suerte que las pueda poner en actividad en el estado de vigilia en el cuerpo físico, se ve sin embargo, cohibido por la incapacidad absoluta del lenguaje físico para expresar lo que ve. Trátese,

por un momento, de comprender bien lo que se llama la cuarta dimensión. Es muy fácil pensar en nuestras tres dimensiones - imaginar en nuestra mente el largo, ancho y alto de cualquier objeto - y ver que cada una de ellas está expresada por una línea en ángulo recto con las otras dos. La idea de la cuarta dimensión implica la posibilidad de trazar una cuarta línea en ángulo recto con las tres que hoy existen. Ahora bien; a la mente ordinaria le es imposible entender esta idea, aunque unos pocos que han hecho de este asunto un estudio especial, han llegado gradualmente a comprender una o dos figuras simples de cuatro dimensiones. Sin embargo, no tienen palabras en el lenguaje corriente para llevar un concepto de estas figuras a la mente de otro, y si cualquier lector que no se haya ejercitado especialmente en el asunto trata de concebir una forma semejante, sus esfuerzos resultarán por completo inútiles. Ahora bien; el expresar una de estas formas claramente en palabras físicas sería, como efecto, describir exactamente un objeto del plano astral; pero al examinar los anales en el plano devachánico, tendremos que hacer frente a la mayor dificultad de una quinta dimensión. De suerte que la imposibilidad de explicar por completo estos anales es evidente aun para el observador más superficial. Hemos calificado los anales como la memoria del Logos; sin embargo, son mucho más que memoria en el sentido ordinario de la palabra. Por más imposible que sea el imaginarse cómo aparecen estos cuadros desde el punto de vista del Logos, no obstante, sabemos que a medida que nos elevamos más y más, nos aproximamos también gradualmente a la verdadera memoria, nos acercamos por grados a ver como Él ve, por cuya razón tiene gran importancia, en lo que a estos anales se refiere, la experiencia del clarividente en el plano búddhico, el más elevado que la conciencia puede alcanzar hasta llegar al nivel de los Arhats. Ya aquí no se halla limitado por el tiempo ni el espacio; ya no necesita, como en el plano devachánico, pasar revista a una serie de sucesos, pues el pasado, el presente y el porvenir están igual y simultáneamente presentes para él. En efecto; a pesar de hallarse este plano, por elevado que sea, infinitamente por debajo de la conciencia del Logos, es, sin embargo, de

toda evidencia, por lo que en este plano vemos, que los anales deben ser para Él mucho más de lo que llamamos memoria; pues todo lo que ha sucedido en el pasado y todo lo que sucederá en el porvenir, está sucediendo ahora ante su ojos, exactamente como los sucesos de lo que llamamos el presente. Por totalmente increíble y absolutamente incomprendible que esto sea, para nuestra limitada inteligencia, es, no obstante, una verdad absoluta ¹ Naturalmente, no es de esperar que en nuestro actual estado de conocimiento, lleguemos a comprender cómo se produce semejante maravilloso resultado, y el esforzarnos en dar una explicación, sería envolvernos en una nube de palabras de la que no resultaría nada claro. Sin embargo, se me ocurre cierto género de pensamientos que quizá pueda sugerir la dirección en que la explicación puede hallarse; y cualquier cosa que nos auxilie a comprender la posibilidad de tan sorprendente declaración, le será una ayuda para dar

¹ Posible es que nosotros no nos hayamos hecho cargo de todo el alcance que el escritor encierra en este párrafo, porque, a la verdad, no vemos la absoluta imposibilidad de comprender estos asertos, desde el momento en que se admite lo que en este escrito se expone, de que: (La Ciencia Oculta) principia por el postulado de que el Ser elevado que emprende la formación de un sistema (a quien a veces llamamos el Logos del sistema), forma primero en su mente un concepto completo de la totalidad del mismo, con todas sus sucesivas cadenas. Por el acto mismo de tal concepción, llama a todo simultáneamente a la existencia objetiva en el plano de su pensamiento (plano, por supuesto, mucho más elevado que ninguno de los que tenemos conocimiento), desde el cual descienden, en el debido momento, los diversos globos, cualquiera que sea el estado más objetivo que les esté destinado. A menos que tengamos siempre presente el hecho de la existencia real de todo el sistema, desde el principio mismo, en un plano superior, nunca llegaremos a comprender debidamente la evolución física que vemos actuando aquí abajo. Entendemos que no puede darse una explicación más clara y precisa, para cualquier estudiante de Teosofía, que el párrafo transcrito del porqué y del cómo no existe ni puede existir para la conciencia del Logos un pasado y un futuro reales respecto de nuestro sistema, sino únicamente el presente; pues no puede ser de otro modo desde el momento en que por el acto mismo de la concepción del sistema, llama a todo simultáneamente a la existencia objetiva en el plano de su pensamiento; cual plano añadimos nosotros, es para El lo que para los simples mortales es la conciencia física, para la cual está presente cualquier objeto físico mientras subsista como tal. No obstante, esto no implica que para la conciencia del Logos deje de existir a su vez un pasado, un presente y un futuro con relación al Absoluto, porque ha llegado a tan elevada conciencia por medio de la evolución, y por etapas sucesivas continuará siempre elevándose en la infinidad de la escala de la Conciencia Absoluta, o lo que es lo mismo, que El es, respecto del Absoluto, un Ser mudable y progresivo, lo cual implica que necesariamente tiene que existir para su conciencia un pasado, un presente y un futuro o sea lo que ha sido, lo que es y lo que será.

mayor amplitud a nuestra mente. Recuerdo que hace ya bastantes años leí un curiosísimo librito llamado, según creo, Las Estrellas y la Tierra, cuyo objeto era demostrar la posibilidad científica de que la mente de Dios pueda abarcar simultáneamente el pasado y el presente. Sus argumentos me impresionaron entonces como verdaderamente ingeniosos, y trataré de hacer un resumen de los mismos, porque creo que son bastante sugestivos con respecto al asunto en que nos ocupamos. Cuando vemos alguna cosa, ya sea el libro que tenemos en la mano, o una estrella a millones de millas de distancia, lo hacemos por medio de una vibración del éter, llamada comúnmente un rayo de luz, que pasa desde el objeto que se ve a nuestros ojos. Ahora bien: la velocidad con que se transmite la vibración es tan grande - cosa de 300.000 Km. por segundo -, que cuando vemos cualquier objeto en nuestro mundo, podemos considerarlo como prácticamente instantáneo; pero cuando entramos a tratar de distancias interplanetarias, ya tenemos que tomar en consideración la velocidad de la luz, porque para atravesar estos espacios transcurren períodos apreciables. Por ejemplo: la luz tarda ocho minutos y un cuarto en pasar desde el Sol hasta nosotros, de suerte que cuando miramos a la órbita del Sol, la vemos por medio de un rayo de luz que la abandonó más de ocho minutos antes. De esto se sigue un resultado muy curioso. El rayo de luz por medio del cual vemos el Sol, nos trae sólo lo que ocurre en aquel orbe en el momento de su partida, sin que en modo alguno haya sido afectado por nada de lo que después haya sucedido; de manera que en realidad no vemos al Sol tal cual es, sino lo que era hace ocho minutos. Si tiene lugar en el Sol cualquier cosa importante, como por ejemplo la formación de una nueva mancha, un astrónomo que estuviese en aquel momento observando el Sol a través de un telescopio, ignoraría por completo el incidente en el momento en que se realizara, toda vez que el rayo de luz que trajera la noticia no llegaría a él hasta ocho minutos más tarde. Esta diferencia es más sorprendente cuando se trata de las estrellas fijas, a causa de sus distancias inmensamente mayores. La estrella Polar, por ejemplo, está tan distante, que la luz, viajando con la velocidad inconcebible antes mencionada, tarde un poco

más de cincuenta años para llegar a nuestros ojos; de lo que se deduce, inevitablemente, que no vemos la estrella Polar donde está y lo que es en este momento, sino donde estaba y como era hace cincuenta años. Más aún: si mañana, a causa de alguna catástrofe saltase en mil pedazos la estrella Polar, la seguiríamos viendo brillar tranquilamente en el firmamento durante el resto de nuestra vida; nuestros hijos alcanzarían la edad viril, y a su vez se verían rodeados de hijos antes que la noticia de tan tremendo accidente llegase a la vista humana. Existen también otras estrellas tan distantes, que su luz tarda millares de años en llegar hasta nosotros; por lo que, respecto a su estado, nuestras noticias están anticuadas en miles de años. Adelantemos ahora un paso más en nuestro argumento. Supongamos que nos fuera posible colocar a un hombre a 186.000 millas de distancia de la Tierra, dotándole de la maravillosa facultad de ver todas las cosas que aquí se sucedían con la misma claridad que si se hallara a nuestro lado. Es evidente que el hombre colocado a tal distancia vería todo un segundo después del instante en que tuvo lugar. Doblád la distancia y su retraso sería de dos segundos, y así sucesivamente; colóquesele a la distancia del Sol (pero conservándole siempre el mismo poder misterioso de tal vista), y al mirarnos no vería lo que estamos haciendo, sino lo que estábamos haciendo hace ocho minutos y cuarto. Llévesele a la estrella Polar, y ante sus ojos pasarían los sucesos de hace cincuenta años; contemplaría los juegos infantiles de los que en aquel momento eran hombres de edad madura. Por maravilloso que esto parezca, es literal y científicamente verdad, y no puede negarse. Mi librito continuaba argumentando con bastante lógica, que siendo Dios todopoderoso, debe poseer el maravilloso poder de visión que hemos supuesto a nuestro observador; y que siendo además omnipresente, tiene que encontrarse en todas las estaciones que hemos mencionado, así como en todos los puntos intermedios, y no sucesiva, sino simultáneamente. Admitiendo, pues, tales premisas, se deduce por modo inevitable que todo lo que ha sucedido desde el principio mismo del mundo, debe necesariamente estar sucediendo en cada momento a los ojos de Dios, no como una simple memoria, sino como hecho que se

realiza. Todo esto es bastante materialista, y está en el plano de la ciencia puramente física, y por tanto, debemos tener la seguridad de que no es el modo como actúa la memoria del Logos; sin embargo como he dicho antes, no carece de utilidad, porque nos hace vislumbrar algunas posibilidades que de otro modo no se nos ocurrirían. Pero aun cuando de un modo vago podemos comprender la idea de que todo el pasado puede estar simultánea y activamente presente en una conciencia lo bastante elevada para ello, nos hallamos frente a una dificultad mucho mayor cuando tratamos de entender de que modo puede estar el porvenir comprendido en esta conciencia ². Si pudiéramos creer en la doctrina mahometana del kismet o en la teoría calvinista de la predestinación, el concepto sería hasta fácil; pero sabiendo, como sabemos, que ninguna de las dos es verdad, tenemos que buscar alguna otra hipótesis más aceptable³. Puede haber todavía mucha gente que niegue la posibilidad de la previsión, pero semejante negativa demuestra simplemente su

² Desde el momento en que el Logos ha objetivado en su conciencia la totalidad del sistema, no hay posibilidad de que exista un futuro en El mismo, puesto que lo tiene todo presente. La objetivación física gradual de su concepción, en nada afecta a ésta, por cuanto el Maya de los diferentes planos de una manifestación más objetivada no tiene realidad alguna para EL

³ El autor apunta aquí el mismo dilema: ¿Existe el Libre Albedrio? en donde, por modo incontrovertible, se expone lo fatal de la perenne manifestación de totalidad del Todo Infinito de los Números, como corolario de la Inmutabilidad de la Ideación Absoluta, en donde el Todo se encuentra, simultáneamente, en potencia y en acto. El autor trata de salvar la dificultad del dualismo que se presenta entre dos verdades - la verdad de la no existencia del futuro en la conciencia del Logos, y la verdad del Libre Albedrio que niega la predestinación implicada por la otra verdad - con el argumento de la previsión todopoderosa de una sabiduría omnisciente, argumento que, a nuestro modo de ver, es una espada de dos filos que deja la cuestión en pie. Entendemos que los dos factores antagónicos, «fatalidad» y «libre albedrio», son tan verdad el uno como el otro, y este mismo antagonismo los denuncia como el par de opuestos de la Ley de Justicia que rige la evolución: fatalidad en el fenómeno, libre albedrio en el noumeno, fenómeno y noumeno tan intrincadamente enlazados, que llegan a ser indistinguibles para la intelectualidad pura, la cual únicamente admite el primero, por ser el segundo sólo perceptible al sexto sentido, el sentido del intelecto espiritual, del cual sólo se posee aquí abajo un reflejo y aun éste, por desgracia, muy poco generalizado. Esto explica por qué distinguimos con tanta claridad el fatalismo, que es la característica del fenómeno, y por qué se nos escapa la explicación racional de la característica del noumeno, o sea el libre albedrio, cuya existencia efectiva es tan evidente al sentido interno, como lo es la fatalidad para el sentido vulgar.

ignorancia de las pruebas que existen sobre el asunto. Un gran número de casos auténticos no permiten dudar del hecho, pero muchos de ellos son de tal naturaleza que hacen muy difícil encontrar una explicación racional, Es evidente que el Ego posee cierta dosis de la facultad de previsión, y si los sucesos previstos fueran siempre de gran importancia, podría suponerse que un estímulo extraordinario le permitía cada vez hacer una impresión clara de lo que veía sobre su personalidad inferior. Esta es, sin duda alguna, la explicación de muchos de los casos en los que se ha previsto la muerte o graves desastres; pero se conoce un gran número de ejemplos en que tal explicación no resulta adecuada, puesto que los sucesos previstos son con frecuencia excesivamente triviales y sin importancia, Una historia de segunda vista, bien conocida en Escocia, ilustrará lo que acabo de decir. Un hombre que no creía en lo oculto, fue avisado por un montañés vidente de la próxima muerte de un vecino suyo. La profecía fue comunicada con mucha riqueza de detalles, incluyendo una descripción completa de los funerales, con los nombres de los portadores de las cintas del paño mortuorio, y de otras personas que estarían presentes. Parece que el oyente se rió de toda la historia, olvidándola en seguida; pero la muerte de su vecino, en el tiempo predicho, le recordó el aviso, y determinó falsificar la predicción, por lo menos en parte, siendo él uno de los portadores de las cintas. Pudo conseguir que las cosas se arreglaran a su gusto; pero en el momento en que el entierro se iba a poner en marcha, le llamaron para un asunto de poca importancia, que sólo le retuvo uno o dos minutos. Al volver a toda prisa a ocupar su puesto, vio con sorpresa que la procesión se había cumplido exactamente, porque los cuatro portadores de las cintas eran los que habían sido indicados en la visión. Ahora bien; éste fue un asunto insignificante, sin importancia para nadie, definitivamente predicho meses antes; pero aun cuando se ha tratado de alterar en algún detalle, el intento ha fracasado por completo. Ciertamente que esto se parece mucho a la predestinación, hasta en los más pequeños pormenores, y sólo examinando esta cuestión desde planos superiores, es cómo podremos encontrar el modo de escapar a esta teoría. Por supuesto, como he dicho

antes acerca de otro aspecto del asunto, la explicación completa se nos escapa todavía, y es evidente que seguirá sucediendo lo mismo hasta que nuestro conocimiento sea infinitamente superior a lo que es ahora; y lo más a que podemos aspirar al presente, es a indicar la senda en la cual puede hallarse alguna explicación. No hay duda alguna de que así como lo que está sucediendo actualmente es el resultado de causas generales en el pasado, así también lo que suceda en el porvenir será el resultado de causas ya en actividad, Aun aquí abajo podemos calcular que si se ejecutan ciertos actos, se seguirán determinados resultados; pero nuestro cálculo está sujeto a ser desbaratado por la ingerencia de factores que no se habían tenido en cuenta. Pero si elevamos nuestra conciencia al plano devachánico, podremos ver mucho más lejos en los resultados de nuestras acciones. Podemos seguir, por ejemplo, el efecto de una palabra casual, no sólo en la persona a quien haya sido dirigida, sino también, mediante ella, en muchas otras personas al extenderse la influencia en círculos cada vez mayores, hasta que parece que afecta al país entero; y una sola vislumbre de semejante visión es mucho más eficaz que cualquier número de preceptos morales, para imprimir en nosotros la necesidad de una extrema circunspección en pensamientos, palabras y hechos. No sólo podemos, desde este plano, ver de un modo tan completo el resultado de cada acto, sino que también podemos ver dónde y de qué modo intervienen los efectos de otros actos, aparentemente sin relación alguna con aquel, y lo modifican. En efecto; puede decirse que el resultado de todas las causas en acción en la actualidad, son claramente visibles; que el porvenir, tal como sería si no se originasen causas completamente nuevas, hallase abierto ante nuestra mirada. Nuevas causas, por supuesto, se originan, porque la voluntad del hombre es libre; pero en el caso de la gente vulgar, puede calcularse de antemano el uso que hará de su libertad con gran exactitud. El hombre común tiene tan poca voluntad verdadera, que depende en gran parte de las circunstancias; su karma anterior le coloca en determinado medio ambiente, cuya influencia sobre él es de tal modo el factor más principal en la historia de su vida, que su carrera futura pudiera predecirse casi con

certeza matemática. Respecto al hombre desarrollado, el caso es distinto; para él, también los principales hechos de su vida están determinados por su karma pasado, pero el modo con que él permitirá que le afecten, y cómo los tratará y hasta triunfará de ellos, es todo cosa suya, y no pueden predecirse en el plano devachánico sino como probabilidades. Pero puede preguntarse: ¿cómo es posible, en medio de esta perturbadora confusión de anales del pasado y previsiones del porvenir, encontrar determinado cuadro cuando se necesita? Desde luego es un hecho que el clarividente no experto no puede generalmente hacerlo sin un lazo especial que lo ponga en relación con el asunto requerido. La psicometría es un ejemplo en este punto, y es muy probable que nuestra memoria ordinaria sea realmente sólo otra presentación de la misma idea. Parece como si hubiera una especie de lazo magnético o afinidad entre cualquier partícula de materia y los anales que contienen su historia; una afinidad que le permite obrar como una especie de conductor entre esos anales y las facultades de cualquiera que pueda leerlos. Por ejemplo: una vez traje yo de Stonehenge un pedacito de piedra, no mayor que la cabeza de un alfiler, y al ponerlo en un sobre y dárselo a una psicómetra que no tenía idea alguna de lo que era, ésta empezó inmediatamente a describir aquellas ruinas maravillosas y el desierto país que las rodea, y luego prosiguió describiendo de modo vívido lo que evidentemente eran escenas de su historia primitiva, demostrando que aquel diminuto fragmento había sido suficiente para ponerla en comunicación con los anales relacionados con el lugar de donde procedía. Las escenas por las que pasamos en el transcurso de nuestra vida, parece que obran del mismo modo sobre las células de nuestro cerebro, como sucedió con la historia de Stonehenge sobre aquella partícula de piedra; establecen una relación con aquellas células, por cuyo medio nuestra mente se pone en relación con aquella parte particular de los anales, y así nos «acordamos» de lo que hemos visto. Hasta el clarividente experto necesita algún lazo para poder encontrar los anales de un suceso para él ignorado. Si, por ejemplo, desease observar el desembarco de Julio César en las costas de Inglaterra, tiene varias maneras de intentarlo. Si acaso hubiese visitado la

escena del suceso, el modo más sencillo sería evocar la imagen del lugar, y luego recorrer sus anales hasta llegar al período deseado. Si no hubiese visto el sitio, podía recorrer el tiempo pasado hasta la fecha del suceso, y luego buscar en el canal una flota de barcos romanos, o podía examinar los anales de la vida romana por aquella época, en donde no tendría dificultad en encontrar una figura tan prominente como la de César, o en seguirle la pista una vez que lo hubiera encontrado en sus guerras de las Galias, hasta que puso el pie en Bretaña. La gente pregunta a menudo acerca del aspecto de estos anales, si aparecen cerca o lejos de la vista, si las figuras de ellos son grandes o pequeñas, si los cuadros se suceden unos a otros como en un panorama, o se confunden uno con otro como vistas disolventes, etc. Sólo puede contestarse que su apariencia varía hasta cierto punto con arreglo a las condiciones en que se les ve. En el plano astral, la reflexión es casi siempre un simple cuadro, aunque a veces las figuras que se ven están dotadas de movimiento; en este caso, en vez de una mera ráfaga, ha tenido lugar una reflexión más larga y perfecta. En el plano devachánico tienen dos aspectos muy diferentes. Cuando el visitante de este plano no está pensando en modo alguno acerca de ellos, los anales constituyen simplemente el fondo de lo que quiera que esté pasando, lo mismo que la reflexión en un espejo colocado en el extremo de una habitación, puede formar un fondo a la vista de la gente que en ella esté. Debe siempre tenerse presente que en estas condiciones son meras reflexiones de la incesante actividad de una gran Conciencia de un plano más elevado, y tienen mucho la apariencia de una sucesión sin fin, tal y como vemos en las películas de cine. No se funden unos con otros como las vistas disolventes, ni es una serie de cuadros que se suceden, sino que la acción de las figuras reflejadas continúa constantemente, como si uno estuviera observando a los actores en un escenario lejano. Pero si el investigador fija su atención especialmente en una escena dada, o desea evocarla ante sí, se verifica inmediatamente un cambio extraordinario; pues siendo éste el plano del pensamiento, el pensar en una cosa es ponerla instantáneamente en presencia de uno. Por ejemplo: si un hombre quiere ver los anales del

suceso a que nos hemos referido antes - el desembarco de Julio César -, se encuentra en el mismo momento, no mirando un cuadro, sino en la orilla del mar en medio de los legionarios, desarrollándose la escena en torno suyo exactamente bajo todos aspectos, como si hubiese estado allí presente corporalmente aquella mañana de otoño del año 55 antes de Cristo. Dado que lo que ve es una reflexión, los actores están, por supuesto, completamente inconscientes de su persona, así como tampoco ningún esfuerzo de su parte puede cambiar el curso de la escena en lo más mínimo, excepto solamente que puede dirigir la rapidez con que el drama se despliega antes sus ojos; puede hacer que los sucesos de todo un año pasen ante él en el transcurso de una hora, o puede en cualquier momento detener totalmente el movimiento, y mantener cualquier escena particular en la inmovilidad de un cuadro por el tiempo que quiera. Y no sólo observa lo que hubiese visto si hubiese estado allí presente, sino mucho más. Oye y comprende todo lo que la gente dice, y penetra todos sus pensamientos y motivos; y una de las posibilidades más interesantes de las muchas de que dispone el que haya aprendido a leer los anales, es el estudio del pensamiento de las edades del remoto pasado, el pensamiento de los hombres de las cavernas y de los moradores de los lagos, así como el que regía la poderosa civilización de los Atlantes, de Egipto o de Caldea. De qué manera se abren ante tal estudiante las perspectivas del pasado - no sólo la historia de todos los grandes hechos del hombre, sino también del proceso de la naturaleza, de la vida caótica extraña de las primeras rondas -, sólo podemos indicarlo aquí ligeramente; pero el lector comprenderá fácilmente que campo ilimitado se abre aquí para el investigador paciente. En un caso especial puede haber para el lector de estos anales un lazo de simpatía aun más estrecho con el pasado. Si en el curso de estas investigaciones tiene que observar algunas escenas, en las cuales él mismo ha intervenido en vidas anteriores, puede examinarlas de dos modos: puede mirarlas del modo usual como un espectador (aunque siempre, téngase presente, cuya penetración y simpatías son perfectas), o puede nuevamente identificarse con aquella personalidad suya, muerta hace tanto tiempo; puede retornar

por el momento a aquella vida del pasado, y experimentar otra vez absolutamente los mismos pensamientos y emociones; las alegrías y los dolores de un pasado prehistórico. No puede concebirse aventura alguna más extraña y vívida que algunas de esas por las cuales puede pasar de este modo; sin embargo, en medio de todo el proceso, no debe nunca perder la conciencia de su individualidad: debe conservar el poder de tornar a voluntad a su presente personalidad. La exacta lectura de los anales, ya sean del propio pasado de uno o del de otros, no debe, sin embargo, suponerse como un hecho factible para nadie, sin una educación cuidadosa previa. Como ya se ha dicho, aunque en el plano astral pueden obtenerse reflexiones ocasionales, es necesario el poder de usar el sentido devachánico antes de que se lleguen a obtener lecturas en que se pueda confiar. A la verdad, para reducir a su mínima expresión la posibilidad del error, este sentido tiene que estar por completo dominado por el investigador en el estado de vigilia en el cuerpo físico; y para adquirir esta facultad, se requieren años de labor incesante y de la más rígida propia disciplina. Mucha gente parece que cree que tan pronto ha firmado su solicitud e ingresado en la Sociedad Teosófica, va a recordar por lo menos tres o cuatro de sus vidas pasadas; verdaderamente, hay algunos que pronto empiezan a imaginarse recuerdos. Actualmente hay, según creo, cuatro personas perfectamente seguras de que en su última encarnación fueron: María, reina de los escoceses (el porqué María Estuardo es tan frecuentemente elegida, no está muy claro, considerando el carácter que la historia le atribuye; pero tal es el hecho); dos que fueron Cleopatra (otro antepasado no muy deseable ciertamente); y varios que fueron ¡Julio César!. Por supuesto, tan extravagantes pretensiones hacen recaer simplemente el descrédito sobre aquellos que son tan necios que no vacilan en expresarlas; pero, por desgracia, una parte de este descrédito es posible que se refleje, por injusto que sea, sobre la Sociedad a que pertenecen; de suerte que un hombre que siente bullir en sí la convicción de que ha sido Homero o Shakespeare, haría bien en reflexionar y aplicar pruebas de sentido común en el plano físico, antes de dar la noticia al mundo. Es mucha verdad que algunas personas

han tenido en sueños vislumbres de escenas de vidas pasadas; pero naturalmente éstas son, por lo general, fragmentarias y de poca confianza. Yo mismo he tenido en mi juventud una experiencia de esta naturaleza. Entre mis sueños observé que había uno que se repetía constantemente: un sueño de una casa con un pórtico que daba a una hermosísima bahía no lejos de una colina, en cuya cima se elevaba un bello edificio. Yo conocía aquella casa perfectamente, y estaba tan familiarizado con la disposición de sus habitaciones y con la vista que se percibía desde su puerta, como lo estaba con las de mi propia casa en la vida presente. En aquel tiempo no sabía nada acerca de la reencarnación, de manera que sólo me parecía una simple coincidencia el que este sueño se repitiese tan a menudo; y sólo después de algún tiempo de haber ingresado en la Sociedad Teosófica fue cuando, enseñándome uno, que sabía, escenas de mis pasadas encarnaciones, descubrí que este sueño persistente había sido en realidad un recuerdo parcial, y que la casa que tan bien conocía, era una en que yo había nacido hacía más de dos mil años. Pero aun cuando conocen varios casos en los que una escena que se recuerda bien, ha pasado así de una vida a otra, es necesario un desarrollo considerable de las facultades ocultas, antes de que el investigador pueda seguir definitivamente una línea de encarnaciones, ya sean suyas o de otros. Esto se hace claro si tenemos presentes las condiciones del problema que hay que resolver. Para seguir a una persona desde esta vida a la que le ha precedido, es necesario, en primer término, rastrear su vida presente hacia atrás hasta su nacimiento, y luego seguir en sentido contrario las etapas del descenso del ego a la encarnación. Esto nos llevaría, por supuesto, eventualmente al estado del ego en su propio plano: el nivel Arupa del Devachán; así se verá que, para ejecutar tal tarea de modo eficaz, el investigador debe poder usar del sentido correspondiente a aquel elevado nivel en estado de vigilia en su cuerpo físico; en otras palabras: su conciencia tiene que reconcentrarse en el mismo ego que se reencarna, y no ya en la personalidad inferior. En este caso, al ser despertada, la memoria del ego, sus pasadas encarnaciones se le aparecerán como un libro abierto, y podría, si quisiera, examinar el

estado de otro ego en aquel nivel, y seguir su vida pasada en los planos devachánico y astral que a aquel conducían, hasta llegar a la última muerte física de este ego, y por medio de ésta a su vida anterior. No hay más que este modo por medio del cual la cadena de vidas puede seguirse con seguridad absoluta, y por consiguiente podemos desde luego considerar como impostores conscientes o inconscientes a los que se anuncian que pueden averiguar las encarnaciones pasadas de cualquiera, a tantos chelines por cabeza. Por demás está decir que el ocultista verdadero no hace nada público, y que jamás en ninguna circunstancia, acepta dinero por exhibir sus poderes. Seguramente que el estudiante que desee obtener el poder de seguir una línea de encarnaciones, puede verificarlo, aprendiendo con un maestro competente lo que hay que hacer. Ha habido algunos que persistentemente han asegurado que sólo era necesario que un hombre fuese bueno, abnegado y fraternal, para que toda la sabiduría de las edades afluyese a él; pero un poco de sentido común mostrará en seguida lo absurdo de semejante asunto. Por bueno que sea un chico, si quiere aprender a multiplicar, tiene que dedicarse a ello; y exactamente sucede lo mismo con la capacidad de emplear las facultades espirituales. Las facultades en sí se manifestarán, indudablemente, a medida que el hombre evoluciona; pero sólo puede aprender a usar de ellas con confianza y sacar el mejor partido posible, por medio de un trabajo duro y de un esfuerzo perseverante. Considérese el caso de los que desean ayudar a otros, mientras se hallan en el plano astral durante el sueño; es evidente que mientras más conocimientos posean aquí, más valiosos serán sus servicios en aquel plano superior. Por ejemplo, el conocimiento de idiomas les sería útil, pues aun cuando en el plano devachánico se puede comprender directamente por la transmisión del pensamiento cualquiera que sea el idioma, no sucede lo mismo en el plano astral, y el pensamiento tiene que ser formulado definitivamente en palabras para ser comprendido. Si, por lo tanto, se desea ayudar a un hombre en aquel plano, se debe tener algún lenguaje en común, por medio del cual se pueda comunicar con él, y por consiguiente, mientras más idiomas se conocen, más se puede extender

el radio de acción. En una palabra: no existen quizá ninguna clase de conocimiento que no sea utilizable en la obra del ocultista. Sería conveniente para todos los estudiantes el no olvidar que el Ocultismo es la apoteosis del sentido común; que las visiones que se les presentan no son necesariamente un cuadro de los Anales Akáshicos, ni cada experiencia una revelación de lo alto. Es mucho mejor errar por el lado del saludable escepticismo que por el de la excesiva credulidad, siendo una regla admirable no andar buscando explicaciones ocultas a cualquier cosa cuando una evidente física fuese bastante. Nuestro deber es tratar de conservar siempre nuestro equilibrio, y no perder el dominio propio, considerando las cosas que puedan sucedernos con razón sana y buen sentido; de este modo seremos mejores teosofistas, ocultistas más sabios y auxiliares más eficaces que lo que hemos sido antes.

FIN